

# PRESENTACIÓN DEL CURSO DE NÚMERO DE 1

## **APERTURA DE CURSO 1990-1991**

Palabras de presentación del Profesor Granjel  
Pronunciadas por el Amigo  
José M<sup>a</sup> Urkia Etxabe

Esta Lección de Apertura de Curso 1990-91 se pronunció  
en el Salón del Trono de la Excm. Diputación Foral de Gipuzkoa  
el día 6 de Noviembre de 1990

## **PRESENTACION DEL AMIGO DE NUMERO DE LA R.S.B.A.P., EXCMO. PROFESOR DON LUIS SANCHEZ GRANJEL**

*Ilmo. Sr. Diputado don Juan José Zubimendi.*

*Sr. Director de la R.S.B.A.P. Amigo don José M<sup>a</sup> Aycart Orbeago.*

*Señor Presidente de la Comisión de Gipuzkoa de la R.S.B.A.P. Amigo don Juan Ignacio de Uría y Epelde.*

*Excmo. profesor don Luis Sánchez Granjel, Amigo de número de la R.S.B.A.P.*

*Sras., Sres. y amigos todos:*

La Junta Rectora de la Comisión de Gipuzkoa de la R.S.B.A.P. al organizar este solemne acto, me encargó realizara la presentación de nuestro querido y admirado amigo Profesor don Luis S. Granjel. Agradezco encantado este honor pero debo advertirles que en el seno de nuestra sociedad hay personalidades mucho más cualificadas y competentes que yo para cumplir con este cometido y, que generosamente me han cedido esta tribuna, que no merezco.

Presentar al Profesor Granjel es para mí una tarea que me llena de honda satisfacción. Por una parte, pienso, que para algunos de nosotros es ocioso pues de todos es conocida su talla humana, intelectual e investigadora. Para otros, sin embargo, puede ser novedoso descubrir algunas facetas de este ilustre guipuzcoano nacido en Segura. Pero antes de seguir, debo señalarles también, que yo hablo ahora del profesor Granjel como lo haría un discípulo suyo, pues él es para mí un verdadero maestro, a quien tuve la suerte de conocer en su Cátedra de Salamanca mientras yo concluía mi Licenciatura de Medicina. Y empleo la palabra “maestro”, en su rico significado y según la definió el doctor Marañón:

*“...Sólo es merecedor de este título, el más honroso que un universitario puede exhibir, quien lo enseña todo, las cosas que*

*se saben y los modos de saber las que no se saben todavía; el que enseña además a ser digno, a ser recto. Enseña el verdadero maestro, por tanto, no únicamente para transmitir el saber que posee y para aprender él mismo ejercitando el magisterio; enseña para educar en la disciplina que profesa y para dar a conocer los instrumentos de toda índole que la conquista de la verdad exige poseer. Lo que importa es enseñar modos, —repite Marañón— modos de conducta, modos de aprender, que no es recibir los hechos y prenderlos en la memoria, sino saber buscarlos por uno mismo, saber criticarlos, dudar de ellos cuando es preciso y acaso prescindir aiosamente de lo que parecía verdad...”*

Para mí, el profesor Granjel reúne todas las condiciones del perfecto maestro y del perfecto universitario: a mi me ha enseñado todo lo que sé, cómo aprender lo que no sabía, y sobre todo de él he recibido lecciones de dignidad, rectitud y amor a la verdad. Estas cualidades humanas que posee en alto grado están perfectamente resumidas en las palabras del profesor doctor don Juan Antonio González y González, dichas en un solemne acto:

*“...actualmente, desde el punto de vista humanitario, es difícil encontrar una persona como la del profesor Sánchez Granjel, con una conducta sencilla, sin reservas mentales, sin dobleces, sin ironías hirientes y sin más intenciones que las que afloran y se expresan en su conversación, que enriquecen el espíritu de cuantas personas tenemos la suerte de tenerle como maestro, amigo y consejero. En suma, un hombre de una gran humanidad, con gran sencillez acompañadas de voluntad, trabajo y entrega a la Universidad y al prójimo íntegramente”*

No es de extrañar que su vida se haya volcado por y para la Universidad. El mismo nos lo dice así:

*“...Durante cerca de 40 años, sin ningún abandono, he venido ejerciendo el oficio de enseñar”*.

Su actividad docente la inició en la Universidad de Salamanca, en su Facultad de Medicina, allá por el año de 1945, recién terminada su Licenciatura de Medicina y Cirugía. Ocupó los cargos de Profesor ayudante en las Cátedras de Farmacología y Terapéutica Clínica y Anatomía y Profesor encargado de curso de Historia de la Medicina. En 1955 obtuvo por brillante concurso oposición la Cátedra de Historia de la Medicina de Salamanca que se dotó aquél mismo año siendo Rector don Antonio Tovar. Y al hablar del



profesor don Antonio Tovar es pertinente recordar su decisiva y fundamental intervención para que don José Miguel de Barandiarán volviera de su exilio definitivamente, al País Vasco para inaugurar la Cátedra de Larramendi, en Salamanca y el impulso dado por Tovar, junto a Mitxelena y Agud, para crear el Seminario de Filología Vasca “Julio Urkijo”, de esta Diputación. La Cátedra de Salamanca será la segunda del país ocupando anteriormente la de Madrid el profesor Laín.

Don Luis Granjel se mantendrá en su Cátedra hasta su jubilación, en 1986, más de cuarenta años enseñando, y en 1987 será nombrado Profesor Emérito de la Universidad de Salamanca, situación en la que actualmente se encuentra y que tan solo unos pocos consiguen, los más significados.

De su labor importantísima durante tantos años se podría hablar extensamente, pero el tiempo no me lo permite. Sólo les diré, de modo telegráfico, que don Luis Granjel es hoy la máxima autoridad en el campo de la Historia de la Medicina Española. Allí creó un soberbio “Instituto” de Historia de la Medicina, pero nadie mejor que el profesor Tellechea Idígoras para describirnos ese centro, su entorno y su titular, como lo hizo en un artículo periodístico:

*“...Visitar el Instituto de Historia de la Medicina del profesor y amigo Luis Sánchez Granjel es un placer para los sentidos y para el espíritu. está instalado en el viejo Colegio Fonseca, que durante siglos fue colegio de irlandeses, magníficamente restaurado hace pocos años. Lo que comenzaba a ser un montón de ruinas, elegía de pasadas glorias, es hoy una soberbia mansión de estupendo gusto renacentista. Su anchuroso patio central con su cuidado césped, soberbio artesonado y bellísimas arcadas, está impregnado de silencio y de luz. Hay que ascender a la primera planta por una preciosa escalinata de piedra tallada y llegar al espacioso salón con sus armarios repletos de libros y revistas. Es el laboratorio, que no cementerio de libros, donde trabaja Granjel en esta Salamanca, ” que enhechiza la voluntad de volver a ella a los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado”, en frase inmortal de Cervantes. Y allí está, como todas las tardes, la “Apis argumentosa”, el hombre que trabaja infatigablemente en el campo de la Historia de la Medicina Española”.*

Así es, infatigablemente, con esa constancia en el trabajo que a todos sus discípulos nos ha marcado. Ese instituto ha dado enorme fruto. Entre los años 1949 y 1989 se contabilizan un total de 477 títulos que abarcan libros, monografías y trabajos de revista sobre todos los aspectos de la Historia de la Medicina Española y que se recogen en su libro *Historiografía Médica sal-*

*mantina*. Esa febril actividad investigadora le ha permitido redactar una valiosísima *Historia General de la Medicina española*, en cinco volúmenes (1978-1986) y la interpretación ideológica de este capítulo de la vida cultural de la sociedad española la ha realizado en su obra *Historia política de la Medicina española*, de gran interés, e impresa en 1985.

En su Cátedra e Institutos salmantinos además se ha realizado una labor editorial que él mismo llevó a cabo con la publicación de la revista “Cuadernos de Historia de la Medicina española” y ha formado discípulos, hoy acreditados catedráticos, en las Universidades de Valladolid y Salamanca, y su magisterio se extiende a otros rincones del país, desde Cádiz hasta Bilbao y San Sebastián.

Pero ese afán docente e investigador de D. Luis Granjel le llevó también a enseñar la disciplina de Historia de la Psicología, en la Universidad Pontificia de Salamanca, desde 1956, fecha en la que se iniciaban los estudios de Psicología. Ha sido Prof. Honorario de Historia de la Psicología, hasta su jubilación en 1986. La Universidad Pontificia de Salamanca debe mucho a D. Luis y así lo recordaba el Prof. Gerardo Pastor Ramos, Rector Magnífico, en el acto emotivo de su doctorado Honoris Causa por dicha Universidad, en octubre del año pasado, destacando:

*“... El aprecio y dedicación, defensa y favores, deparados por el Doctor Sánchez Granjel a esta Universidad, desde la fundación de la vieja escuela de Psicología hasta su espléndida moderación en los Tribunales de Licenciatura de la actual Facultad.”*

Su sentido del deber y de la responsabilidad le llevarán también a tener que ocupar distintos cargos en el gobierno de la Universidad de Salamanca.

Además tiene una interesante y valiosa obra como experto y crítico literario de la denominada Generación del 98. Desde el comienzo de los años 50, como lector ávido, reflexivo y crítico se ha ocupado del análisis de esta obra literaria y nos ha ofrecido una serie de magníficas biografías o retratos como él mismo las rotuló de los novelistas y pensadores del 98. En 1953 apareció su *Retrato de Pío Baroja*. En 1957 aparecerá su *Retrato de Unamuno*, en donde su autor en el prólogo señala:

*“...Hay bastante de mí mismo en las páginas de este retrato: y no lo advierto para despertar tu curiosidad, lector, y hacer que me busques, pues no te sería fácil hallarme, y tampoco creo encontrases placer alguno en tal pesquisa.”*



De esta biografía se hizo una edición en alemán, en 1962. Un año más tarde, 1958, publicará su *Retrato de Azorín*, y como señala el norteamericano E. Inmax Fox, en una edición crítica de “La Voluntad” de Azorín:

*“... Luis S. Granjel, [es] uno de los mejores biógrafos de Azorín.”*

La realización de estos trabajos le permitirán redactar su obra *La Generación literaria del 98* que tuvo 3 reimpresiones; además de otros estudios sobre Silverio Lanza y otras figuras del 98. De la siguiente generación literaria Granjel se ha ocupado de hacer la biografía de R. Gómez de la Serna (1963) y de explorar la “literatura galante” del período de entreguerras (1898-1936), gracias a su biblioteca privada, rica en colecciones de este género.

No es ahora el momento, pues alargaría mi intervención, de enumerar las más de 40 titulaciones y distinciones que tiene en su haber. Sólo mencionar que este año de 1990 ha sido galardonado con el Premio de Castilla y León de la Ciencias Sociales y Humanidades por su “amplia tarea de investigación original en la Historia de la Medicina española, su talante humanista y su labor de verdadero maestro en su Cátedra de la Universidad de Salamanca.”

Y quiero concluir mi presentación resaltando un aspecto muy entrañable y principal de la figura del Prof. Granjel, y lo quiero hacer sobre todo esta tarde y en este marco incomparable de nuestra Diputación Foral; permítaseme hablar unos minutos de la condición de vasco, de hombre y amigo del País que ama a su tierra con palabras y sobre todo con hechos y obras.

Como ya he dicho, nació en el Goierri guipuzcoano en la Villa de Segura, cuando su padre ejercía de médico allá por los años 20. En él han quedado muy marcadas las vivencias que tuvo de niño en esta tierra y así lo dice en uno de sus escritos:

*“... Me criaron en Ikorta, un caserío a medio camino entre Segura y Zerain, y fue el vasco el primer idioma que escuché y vascas las primeras palabras que aprendí. La profesión de mi padre, médico rural, me apartó, ya adolescente, de la tierra nativa trayéndome a Castilla y a Euskadi sólo he vuelto, fugazmente, cuando ya estaban lejanos, en mi vida, los años de la primera edad. Pero el recuerdo no ha muerto y es cada vez más fuerte, en mi mundo interior, la vivencia de un paisaje bien distinto del que pone marco a mi existencia cotidiana; acertaba Julio Caro Baroja al escribir que la Tierra Vasca ata al que ha pasado su niñez sobre ella.”*

De esa niñez le han quedado recuerdos imborrables como el que relata en una estupenda crónica de un viaje que hizo a Segura, junto a su amigo Dionisio Aranzadi, rastreando su pasado y el recuerdo que queda, todavía vivo, de su padre, el “medikua txiki”, médico pequeño, que lo diferenciaba, por su estatura, del “haundi”, el grande, que se llamaba Aranburu. El recuerdo que ha quedado de su padre, don Gerardo, es el de un médico “argi”, bueno, piadoso, cariñoso, afable y muy sencillo. Escribe Granjel:

*“... Yo solía venir con mi padre cuando tenía que visitar algún enfermo en los pocos caseríos perdidos por estos montes. Se consumía un día entero; te daban de comer y sólo al atardecer estábamos de regreso en Segura; siempre había que detenerse en otros caseríos, a veces para preguntar por la convalecencia de un enfermo o sólo para aceptar la invitación generosa de un vaso de sidra que para mí era, siempre, de leche, recién ordeñada, espesa, sin azúcar. En una ocasión, es el recuerdo más vivo que me queda de entonces, me regalaron toda una rama de cerezo cargada de fruta que fui comiendo sin hacer respiro.”*

A pesar de que está en Salamanca, familiar y profesionalmente, la razón de su vida, en el corazón de Granjel siempre ha estado y está presente Euskalerría. Cuando sus ocupaciones se lo han permitido venía a su País: recordar sus veranos, con toda la familia, en Zumaya, las tertulias con Laín en el balneario de Cestona, sus escapadas, buscando el retiro y la soledad, en Aránzazu, sus viajes a Segura, Donostia, Vera, Bilbao. Granjel tiene entre sus amigos, tal vez los más queridos, a muchos euskaldunes, grandes figuras intelectuales y no pocos miembros de nuestra Bascongada. Pero su amor al País no se limita sólo a los recuerdos, sino también a los hechos y éste es un gran ejemplo a seguir. Así en 1979 cuando entraba en la recta final de su vida académica se decide a trabajar, con ahínco, en el conocimiento del pasado médico vasco, campo prácticamente inexplorado, salvo los valiosísimos trabajos, pioneros del doctor Iñaki Barriola, amistad entrañable de don Luis. En esta empresa contó Granjel con la decisiva colaboración del profesor José Luis Goti Iturriaga, que fundó un modélico seminario de Historia de la Medicina Vasca ubicado en la Facultad de Medicina de Leioa. Junto a ellos han trabajado un grupo de médicos jóvenes que han realizado sus tesinas y tesis doctorales sobre el pasado de la Medicina vasca. Fruto de esa labor, que ha llevado sobre sus espaldas son la publicación de la revista “Cuadernos de Historia de la Medicina Vasca” y una colección de monografías “Estudios de Historia de la Medicina Vasca” de los que van publicados 18 títulos (1980- 87). En junio de 1984 se constituyó en Bilbao la Sociedad Vasca de Historia de la Medicina de la que Granjel ha sido su presidente. La entidad celebró al año de fundarse un



magnífico congreso que tuvo como tema monográfico el estudio de la Medicina vasca ilustrada. El conjunto de ponencias y comunicaciones fueron publicadas en un volumen en 1985, con el título *La Medicina Vasca en la época del Conde de Peñaflores*. De su labor estrictamente personal quiero destacar entre otras muchas publicaciones los repertorios bio bibliográficos de Historia de la Medicina Vasca, su obra *Los Médicos vascos*, la *Historia del Hospital de Basurto*, en colaboración con el profesor Goti y su *Historia de la Medicina Vasca* (1983) primer y único examen de conjunto del pasado médico vasco.

Creo que la sociedad, la Universidad y todos nosotros tenemos cuanto menos una deuda de gratitud con el profesor Granjel por tan meritoria labor.

Termino no sin antes presentar a doña Julia Santander, esposa de Granjel, que estoy seguro tanto ha hecho para que nuestro Amigo se haya dedicado tan magistralmente a su trabajo y a la investigación.

*José M.<sup>a</sup> Urkia Etxabe*



# LA MENTALIDAD "ILUSTRADA" EN LA MEDICINA VASCA DEL SIGLO XVIII

Lección de Apertura de Curso 1990-91

Por

**LUIS SÁNCHEZ GRANJEL**

*Debo, y deseo, ante todo, expresar mi gratitud a la Sociedad Bascongada por este homenaje que se ha querido magnificar al hacerlo coincidir con la solemne inauguración del curso 1990-91.*

*Agradezco, asimismo, las elogiosas palabras con que he sido presentado a ustedes por el profesor Urquía.*

*Soy un "amigo" que se encuentra entre "amigos" y a la amistad, valor supremo en la Bascongada, hay que referirse para entender, tanto el homenaje como el favorecedor retrato que de mí ha trazado el profesor Urquía.*

*Algo, creo, debo declarar sobre mí mismo.*

*Componer, de algún modo, mi propia presentación.*

Soy un universitario que ha tenido el privilegio de ejercer cometido para el que se hallaba vocacionalmente orientado, por lo que cumplir su quehacer académico supuso realizar su más acariciado deseo.

Soy un vasco de nacimiento que siempre se ha sentido orgulloso de la tierra en que su destino le hizo nacer y cuyas primeras vivencias, las que de verdad marcan la vida, están enraizadas a una villa guipuzcoana asiento de un grupo humano que ha sabido acomodarse al presente sin olvidar su pasado, y a un sencillo caserío en el que hace poco tiempo he tenido la fortuna de encontrarme con quienes, niños entonces, compartieron su niñez conmigo.

Si algo he hecho como historiador del pasado médico vasco, su mejor valor, para mí el más importante, es el de ser ofrenda a la tierra que considero mía.

En momento importante de mi vida académica recordé públicamente, aceptándola, esta afirmación de Julio Caro Baroja: "la tierra vasca ata al que ha pasado su niñez sobre ella". Hice mía aquella afirmación en Salamanca, en 1980; la reitero hoy, aquí, diez años después, desde la convicción de que los años, la



edad, tienen la virtud de devolvernos al mejor de los muchos que hemos sido.

El trabajo seleccionado para mi participación en este acto inaugural del nuevo año de actividades de la Bascongada es sólo una sencilla reflexión, fruto de pesquisa más detenida, en curso de ejecución, sobre la presencia, con efectividad cultural, de la mentalidad “ilustrada” en la sociedad vasca del siglo XVIII, etapa que en el más amplio marco de la sociedad española buscó romper el aislamiento mantenido ante la cultura europea durante la práctica totalidad del siglo XVII y cuyo origen puede rastrearse en la política contrarreformista de Felipe II.

El desastrado final de aquél noble empeño, al desembocar en la guerra contra la Convención y la lucha frente al poder napoleónico, no restan grandeza ni reducen el perfil histórico de la labor cultural y social desarrollada por la mentalidad ilustrada bajo el gobierno de los primeros monarcas borbónicos.

Mi propósito se circunscribe a lo que aconteció en la sociedad vasca por obra de sus médicos; por ello mi intervención, buscando marcar fronteras, la he titulado *La mentalidad “ilustrada” en la Medicina vasca del siglo XVIII*.

La Medicina española del siglo XVIII la protagonizan tres generaciones de profesionales, claramente diferenciadas en su actitud ideológica y en consecuencia por su comportamiento, expresado por unos en las obras que escribieron, en tanto para otros aquella actitud fue guía de su quehacer profesional. En las tres promociones de médicos peninsulares del siglo, cuyos nombres se conservan, estuvo presente la Medicina vasca, si bien en cada promoción manteniendo diferente postura doctrinal, mereciendo sólo el calificativo de “ilustrados” quienes vivieron su profesión de médicos en la segunda mitad de la centuria.

En España, en lo que a evolución cultural y científica atañe, y no fueron de distinto signo los cambios en su realidad socioeconómica, la Ilustración, por lo que ella supuso de incorporación al quehacer colectivo de una nueva mentalidad, abiertamente innovadora, no dio comienzo efectivo hasta haberse superado el primer tercio del siglo.

Si en la anterior centuria la sociedad peninsular mantuvo un práctico total apartamiento ideológico, ignorante de los avances, ciertamente trascendentales, conseguidos por la cultura europea, aquella postura de aislamiento se

prolonga, si bien ahora con quiebras, en las décadas iniciales del siglo, alimentado por la pugna bélica que suscitó la muerte sin sucesión de Carlos II.

Concluída la contienda, con la paz de Utrecht de 1713, lentamente en un primer tiempo, a ritmo más rápido y con mayor efectividad en sus resultados durante los reinados de Fernando VI y Carlos III, la política borbónica, alienta un proceso de cambios con los que se aspira a situar la realidad española, social y económica, cultural y científica, al nivel de las restantes nacionalidades de la Europa Occidental.

Esta actuación, obra de una minoría en la que no estuvieron ausentes los médicos, la que los historiadores definen como política del “despotismo ilustrado”, desembocó para España en un abrupto final, cuando en 1789 la Revolución en Francia pone al descubierto las orientaciones políticas que se alimentaron en la obra de los ideólogos ilustrados y a su cabeza los redactores de la “Enciclopedia”, dirigida por Diderot y d’Alembert.

La radical mudanza que se hace ahora evidente en quienes encabezaron el movimiento “ilustrado” español, la ejemplifica la conducta de Floridablanca, primero reformador a ultranza de la vida nacional, en los años en que fue ejecutor de la política del “despotismo ilustrado”, que se convierte, tras la Revolución, en celoso vigilante ante los influjos ideológicos provenientes de Francia, que recurre incluso a la arbitrariedad para contrarrestarlos, para terminar presidiendo, en 1808, la Suprema Junta Central Gubernativa que buscó coordinar la defensa popular frente a la invasión napoleónica.

Lo expuesto, sucinto resumen de lo que aconteció en España en el siglo XVIII, era imprescindible recordarlo, pues sólo con esta referencia a tan acusados cambios se hace comprensible el curso de la vida cultural y científica de la centuria y la correspondiente mentalidad de quienes fueron sus protagonistas.

\* \* \*

En los años de la guerra de Sucesión y en los que completan hasta su término, el reinado de Felipe V, la mentalidad predominante en los ámbitos culturales españoles, en la medicina muy concretamente, hubo de afrontar el reto de nuevas tendencias, ya anticipadas, finalizando el siglo XVII, por los entonces conocidos despectivamente como “novatores”, grupo de médicos a los que siguieron, en una línea ideológica que enraiza con versiones modernizadas de la vieja alquimia, profesionales cuyas doctrinas terapéuticas hacían defensa de recursos curadores a los que se atribuía eficacia calificada de “universal”; lo que mantuvieron teorizantes no médicos como Luis de Aldre-



te, fray Andrés de Villacastín o el Padre Angeleres van a suscribirlo, antes de iniciarse el siglo XVIII, dos médicos vascos, Matías Beinza y Juan Martínez de Zaldueño.

Beinza, que se autotitulaba “chímico y apotecario”, propugnó el uso de un remedio purgante capaz de restituir a su normalidad toda función biológica perturbada. Similar a sus efectos era la virtud curadora que otorgaba Martínez de Zaldueño a un remedio “espagórico”, término equivalente al de alquímico, cuya preparación, ligada a la obtención del llamado “oro potable”, acaba de identificar el producto con los logros perseguidos ya por los alquimistas medievales.

Si los nombres de Beinza y Zaldueño son testimonio de la pervivencia de una mentalidad que iba a ser desestimada desde los mismos inicios del siglo XVIII, otros dos médicos vascos, miembros de la primera promoción de la centuria, van a destacar como portavoces de la tradición dogmática, heredera del galenismo arabizado, que ahora pugna por defender sus prerrogativas frente a quienes se declaran defensores de doctrinas más acordes con el nivel científico de la época.

Al primer tercio del siglo XVIII lo singulariza y define este enfrentamiento entre tradición y modernidad, que se materializa, era inevitable sucediese, en un rosario de disputas ideológicas, de las que nos queda el testimonio de una suficiente literatura médica.

La primera recusación formal del tradicionalismo galénico, asentado aun firmemente en las escuelas médicas universitarias, la expone Miguel Marcelino Boix y Moliner, partidario de un renovado hipocratismo, y con más sólidos argumentos rehace aquella crítica el médico de Cámara doctor Martín Martínez, de cuyas ideas, enmarcadas en un sano eclecticismo, haría posteriormente versión divulgadora el padre Feijóo.

A Boix y Moliner se opuso el médico vasco Juan Francisco Leyza y Gastelu, catedrático en Alcalá, y a Martín Martínez, Juan Martín Lesaca, quien también ostentó cargo docente en la Facultad médica de Alcalá. Galenismo y aristotelismo fueron los pilares, médico y filosófico respectivamente, en que apoyaron su cerrada crítica a la medicina moderna los dos miembros de la primera generación médica vasca del siglo XVIII.

\* \* \*

Bien distinta, lo veremos, de aquella actitud intelectual iba a ser la que adoptaron los mejores médicos vascos de las dos siguientes promociones.

El clima ideológico preciso para que se hiciese realidad un definitivo abandono del dogmatismo escolástico, con influencia en los más dispares campos del vivir colectivo, lo creó un grupo de intelectuales encabezado por Macanaz y Feijóo.

Macanaz, con sus famosos “Auxilios”, presentados a Felipe V en 1722, esboza las líneas generales de un completo programa de recuperación económica, industrial y cultural, anticipo de proyectos que llevarían a la práctica, con varia fortuna, los ministros de Fernando VI y Carlos III. Por su parte Feijóo expone, en una dilatada y tenaz labor de publicista, un ideario de ilustración y de revaloración del saber científico, que aparece formulado ya en el prólogo al primer volumen de su “Teatro crítico”, editado en 1726.

Si en las décadas iniciales del siglo, en la pugna entre tradición y modernidad, la Medicina vasca sólo estuvo presente en el bando de quienes se oponían al cambio, en la promoción integrada por los médicos que vivieron sus años de plenitud intelectual promediando el siglo, y los que siguieron a aquella generación, destacaron profesionales esforzados por encumbrar la medicina peninsular al nivel que ya poseía la medicina europea, y algunos, y por ello son merecedores de recuerdo, fueron protagonistas de importantes innovaciones médicas.

Que esto pudiese suceder se debe a la participación de aquellos profesionales en las dos más importantes empresas llevadas a buen término por la sociedad vasca del siglo: una, la primera, mercantil, fue la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas; la segunda, cultural, pero orientada al logro de mejoras sociales y económicas, fue la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, y las dos aparecen unidas a la Casa de los Condes de Peñaflores.

Sobre ambas instituciones la historiografía ha reunido información suficiente, por lo que de una y otra sólo será preciso recordar aquí su presencia para descubrir qué factores obraron sobre el destino de algunos médicos vascos.

\* \* \*

Las disposiciones legales, iniciadas con la Ordenanza de 1495, que regularon las relaciones económicas con las posesiones de Ultramar, vivieron en el siglo XVIII cambiantes vicisitudes conducentes a una ruptura del monopolio comercial otorgado a los puertos andaluces, primero al de Sevilla y posteriormente al de Cádiz.

La política borbónica buscó combatir la competencia que en el tráfico



marítimo ejercían Holanda e Inglaterra y a tal fin se orientaron las reales órdenes de 1717 y el siguiente año, que prohibían la entrada en España de productos provenientes de Ultramar transportados desde puertos europeos. Idéntica finalidad, la recuperación del tráfico marítimo nacional, estimuló la creación de “Compañías de comercio” capaces con su propio potencial militar de reprimir el contrabando y garantizar una saneada fuente de ingresos a la Corona.

El mercantilismo estatal y la realización del ideal monopolístico burgués hicieron realidad, en opinión del historiador Vicens Vives, la época de esplendor de las Compañías privilegiadas, siendo la primera en gozar de pleno monopolio la que se tituló “Real Compañía Guipuzcoana de Caracas”, que a juicio del autor citado “tuvo un éxito sensacional, hasta el punto de que se la puede considerar el arranque de la Venezuela moderna”.

La Compañía Guipuzcoana surge de la decisión de un grupo de ilustrados vascos que encabezó el Conde de Peñaflores don Francisco de Munibe e Idiáquez. Se gestiona con el auxilio del ministro Patiño y sus estatutos los aprueba Felipe V en 1728. Su sede, inicialmente establecida en San Sebastián, sería más tarde trasladada a la Corte.

Autorizada en 1730 a fletar dos buques de comercio armados, la Compañía recibe permiso, cuatro años más tarde, para incrementar su flota que llegó a contar con más de treinta buques, y su actividad desbordó, en sus resultados, el campo propiamente comercial, haciéndose merecedor aquél empeño del calificativo de “navíos de la Ilustración” que a los buques de la Compañía otorga Ramón de Basterra en obra impresa en Caracas en 1925 y de la que hay edición facsímil de 1987.

Será en su segunda etapa, en opinión de Basterra, cuando se edita la obra de José de Iturriaga sobre las actividades de la Compañía, cuando resulte patente la labor de “ilustración” que en Venezuela cumplió la Compañía, y la fecha de 1765 resulta simbólica pues marca la aparición del libro de Iturriaga y la redacción por el nuevo Conde de Peñaflores del texto fundacional de la “Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País”: “los ejemplos de despejo y sutileza que da la Compañía en sus postrimerías, es texto tomado de la obra de Basterra, son soplos procedentes de aquellas reuniones del primer cenáculo enciclopedista”, alusión a la tertulia de Azcoitia de la que surgió la Sociedad, y añade el autor que vengo citando: “por encontrarse saturada Guipúzcoa del espíritu de los “Amigos del País”, la Real Compañía, en sus veinte años postreros, fue la más sorprendente[...] caja de resonancia de la Sociedad de Amigos”.

La Compañía Guipuzcoana centró su labor comercial en la importación de un producto, el cacao, fundamental en la economía suntuaria del siglo, y bien lo atestigua el significado social que se confiere al chocolate en las reuniones de la Bascongada.

En Venezuela, los barcos de la Compañía introdujeron productos manufacturados, con preferencia los elaborados en las ferrerías vascas y con los navíos llegó asimismo el modo de pensar de los “ilustrados”. En la sociedad vasca, la Compañía Guipuzcoana supuso estímulo decisivo para sus centros fabriles y en la actividad de los puertos de partida de los buques.

Dejo sin recordar, pues hacerlo me alejaría de la meta impuesta a esta intervención mía, la influencia que la Compañía ejerció en Venezuela, donde su poder económico acabaría suscitando recelos y un generalizado descontento entre quienes se consideraron perjudicados por su actividad monopolística, lo que iba a conducir a la pérdida de los privilegios que le fueron concedidos en 1728, inicio de una decadencia que desemboca en su desaparición en 1785. La historia pormenorizada de las vicisitudes vividas por la Compañía integran el animado relato que de las misma hizo Ramón de Basterra y han sido objeto de revisión en la obra de Hussey “The Caracas Company”, impresa en 1934.

\* \* \*

Este apretado resumen de la historia de la Compañía guipuzcoana y la relación que la misma iba a tener con la Sociedad Bascongada de los Amigos del País, sirve para situar en su contexto adecuado la obra de los médicos vascos “ilustrados” y en primer lugar la de quien puede atribuirse el primer puesto en la nómina de profesionales con labor renovadora en el saber de su siglo, cuya vida de médico lo relaciona con la Compañía y fue asimismo “amigo asociado” de la Bascongada. Se llamó Vicente Lardizábal y era miembro de familia hidalga, diríase, con frase cervantina, de “solar conocido”, afincada en la villa guipuzcoana de Idiazábal y con una rama de la estirpe asentada en Segura, donde se conserva su casa palacio. El apellido Lardizábal aparece reiterado seis veces en la relación de socios de la Bascongada y es nuestro médico el último en ella. Por la labor que realizó Vicente Lardizábal es representante de una clase social cuyo mundo de valores, los que gobiernan la actitud ante la vida, no coincidían ya con los que seguía manteniendo la casta de nobles e hidalgos castellanos.

La nobleza rural vasca, y de ello da testimonio con su ejemplo el segundo conde de Peñaflores, el creador de la Sociedad Bascongada, fue grupo humano próximo ideológicamente al naciente estamento de la burguesía. Hidalgos y burgueses vascos no desdeñaron el ejercicio del comercio y la explotación



de industrias todavía artesanales y su pretensión apunta, y bien claro lo expresa el documento fundacional de la Bascongada, a potenciar y mejorar los frutos que proporcionaban la agricultura, la industria y las empresas comerciales. Tampoco se desdeña la práctica de profesiones que como la medicina estaban reservadas a universitarios y empíricos surgidos del estado llano, herederos de un cometido social cumplido, tradicionalmente, en buen número, por miembros de raza judía o cristianos nuevos.

Que Juan Antonio Carasa, médico con ejercicio en Azcoitia, figure en la primera relación de socios de la Bascongada tiene todo el valor de un símbolo, el del triunfo de una mentalidad, la que singulariza a los “ilustrados”. Idéntico significado hay que atribuir a la vinculación a la práctica médica del hidalgo Vicente Lardizábal.

Lardizábal, en los libros que escribió, “Consideraciones político-médicas sobre la salud de los navegantes” (1769) y “Consuelo de navegantes” (1772), se titula doctor y “médico de la Real Compañía de Caracas en la ciudad de San Sebastián”. En esta ciudad debió vivir los turbulentos años de la guerra contra la Convención, finalizando el siglo, y más tarde los del inicio y desarrollo de la guerra de Independencia, asistiendo a la entrada de las tropas francesas, presencia militar que concluiría dramáticamente en 1813. Refugiado en el caserío de Larracho, donde muere en 1814, Lardizábal dejó testimonio escrito de su participación en la lucha contra una grave epidemia, secuela de la guerra, en un “Periódico”, publicación que con este simple título y un único número aparece el año mismo de su muerte.

El merecimiento de Vicente Lardizábal al título de médico “ilustrado” lo justifican las dos obras que escribió y de ellas sobre todo la pretensión que le indujo a redactarlas, su búsqueda de una mejora sanitaria en la vida de los buques que hacían “largas travesías”. Valor indiscutible hay que otorgar a sus “Comentarios... sobre la salud de los navegantes”, rótulo que encabeza un auténtico y bien compuesto tratado de Medicina naval, en el que se abordan, buscando darles respuesta adecuada, cuantos problemas médicos planteaba la navegación a los puertos de Ultramar.

Que la obra fue escrita para servir de norma al comportamiento profesional de los cirujanos embarcados en los buques de la Compañía de Caracas, lo proclama ya el mismo título de la obra, que se completa con esta referencia que cito textualmente: “se exponen las causas de sus más frecuentes enfermedades [las de los navegantes], modo de precaverlas y curarlas. Con las conducentes instrucciones para el mejor régimen de los Cirujanos de Navíos, que hacen viaje a la América, especialmente para los de la Real Compañía de



Caracas, a fin de que con mayor acierto se conduzcan, así en el método curativo de los enfermos, como en el manejo de los Botiquines de su cargo”.

Si bien Lardizábal nunca realizó cometido curador en las naves de la Compañía, facilitó la preparación de los profesionales, todos con la categoría de cirujanos, a quienes estaba encomendada aquella tarea. Si los buques de la Compañía Guipuzcoana se hicieron merecedores del título de “navíos de la Ilustración”, uno de sus méritos se descubre en esta atención técnicamente mejorada a la salud de quienes en ellos navegaban.

No es la presente ocasión de recordar en su contenido la obra de Vicente Lardizábal que cito, pues ha sido ya objeto de examen en un libro de Martí Lloret de 1970 y en un trabajo y un estudio, anterior y posterior a tal fecha, de los que soy autor. Aquí, atento a los fines de esta exposición, importa únicamente destacar cómo se acomoda el propósito de Lardizábal a la mentalidad de su siglo, y en qué medida fueron aquellas “Consideraciones... sobre la salud de los navegantes” inicio, en España, de una literatura sobre Medicina naval, capítulo del quehacer profesional hasta tal fecha solo abordado, en el siglo XVII, por tratadistas ingleses y que en la época de Lardizábal enriquecieron Rouppe y James Lind, autores de textos impresos, respectivamente, en Holanda (1764) e Inglaterra (1757). De la obra de Rouppe, escrita originalmente en latín, se hicieron versiones al inglés y al holandés, facilitando con ello su difusión entre quienes no dominaban, y ello ocurría en el gremio de cirujanos, el idioma universitario; del tratado de Lind, escrito en inglés, se publicó versión francesa en 1758 y es posible que en este idioma llegase a conocerla Lardizábal, quien asimismo redacta sus libros en castellano pues estaban destinados a la mejor capacitación de los cirujanos.

No puedo extrañar fuera en Holanda e Inglaterra, países que ejercían dominio indiscutido en el comercio marítimo, donde se iniciaron los estudios conducentes a un mejor conocimiento y prevención de la patología que dificultaba y en no pocas ocasiones hacía dramáticas o inviables las empresas que exigían realizar prolongadas navegaciones. También resulta comprensible que un médico adscrito a la más poderosa Compañía de comercio marítimo del siglo, la Guipuzcoana de Caracas, abordase en España el propósito divulgador de esta específica actividad profesional. En la medicina de lengua castellana el empeño de Lardizábal no se repite hasta 1805, fecha en que Pedro María González publica su “Tratado de las enfermedades de la gente de mar.”

A las “Consideraciones” de Vicente Lardizábal no puede atribuírsele, desde luego, condición de obra original; el propio autor la define como “una colección de varios materiales político-médicos, que he ido recogiendo de diversos autores”; influyó en su redacción quien había sido su maestro en años



de aprendizaje, el médico de Cámara Joseph Alsinet, y muy posiblemente, aunque no son mencionados en el libro, los tratadistas de medicina naval antes citados.

Importa destacar que Lardizábal compuso su libro animado por quienes gobernaban los destinos de la Compañía de Caracas: “los señores directores de la Real Compañía, notificaba Lardizábal en el prólogo de sus “Consideraciones”, enterados de mi determinación [alude al proyecto de escribir el libro], y conociendo la necesidad que los cirujanos tenían de una obra de este calibre, me animaron a ella por una carta escrita el mes de mayo de 1768”. Aquella preocupación por una mejor atención sanitaria en los buques, hay que reiterarlo, es título que acredita como justa la inclusión de la Compañía en el propósito de conocer y dominar la realidad natural, meta perseguida por la mentalidad “ilustrada” del siglo XVIII.

Interesado por la salud de los navegantes, era inevitable que Lardizábal llegara a preocuparse por el problema sanitario sin disputa de mayor gravedad en las denominadas “largas navegaciones”; estoy refiriéndome al escorbuto, padecimiento sobre el que ya hace referencia en las “Consideraciones” pero del que iba a componer estudio monográfico en el libro “Consuelo de navegantes”.

Atribuída la causa del escorbuto a la ausencia en la dieta de los entonces denominados “ácidos vegetales”, Vicente Lardizábal recomienda el recurso de las manzanas, producto bien conocido en las provincias vascas, si bien tuvo que reconocer era imposible hacer conserva de su jugo, al igual que sucedía con las restantes frutas. Acogiéndose a la autoridad de Rouppe y Lind, autores que ahora si menciona, Lardizábal propone incorporar a la dieta de los embarcados, y repito sus propias palabras, “todo género de hortalizas [...] y vemos que ingleses y holandeses [alusión a Lind y Rouppe] recomiendan su uso generalmente, y en particular en los enfermos de escorbuto”.

Para la prevención de la enfermedad, Lardizábal describe en su “Consuelo de navegantes” las cualidades que se venían atribuyendo al sargazo, un alga marina, que el denomina “lenteja de mar”, y de cuyas propiedades declara Lardizábal haberse interesado tras una lectura del “Tratado de las drogas y medicinas” escrito en el siglo XVI por Cristóbal de Acosta. Aquella información erudita le indujo a realizar experiencias y pruebas con el sargazo, muy abundante en la costa guipuzcoana. A su propiedad diurética, ya reconocida por los autores renacentistas, añade Lardizábal la que lo haría eficaz preventivo del escorbuto, si bien su ingestión, en forma de ensalada, la dificultaba su olor y sabor. En el libro nuestro médico explica una posible manipulación del

producto con el fin de anular las cualidades que lo hacían repugnante sin destruir sus propiedades antiescorbútcas.

Que Lardizábal no consiguiese dar feliz remate a tal empeño no anula el valor testimonial del propósito, su afán por dar satisfactoria solución a un problema clínico en el que se interesaron, en su siglo, cuantos escribieron sobre las condiciones sanitarias apropiadas para realizar “largas navegaciones” y que se convirtieron en urgentes tanto por la intensificación del tráfico marítimo, tal fue el caso de la Compañía Guipuzcoana, como por el deseo de ampliar los conocimientos geográficos, pretensión singularizadora de la mentalidad “ilustrada”.

De la producción escrita de Vicente Lardizábal es merecedora de recuerdo, pues su redacción se relaciona con la que fue actividad principal de la Compañía de Caracas y constituyó símbolo de la vida social del siglo, su “Memoria sobre las cualidades del chocolate”, impresa en 1788 y de la que puede leerse reproducción facsímil en el volumen cuarto de los “Cuadernos de Historia de la Medicina Vasca”. La intensificación en la importación del cacao, comercio que la Compañía Guipuzcoana arrebató a navieros holandeses e ingleses, respondía a una necesidad de la época, pues el chocolate cumplió, en los círculos ilustrados, papel similar al del te o el café en etapas ulteriores.

Lardizábal, en su “Memoria”, busca hacer creíbles beneficios terapéuticos del chocolate, pues a su juicio serviría para corroborar la acción de las aguas mineromedicinales, la de los medicamentos con efecto purgante y la de otros remedios de uso generalizado en su tiempo.

\* \* \*

Dije ya que el nombre de Vicente Lardizábal ponía en relación, en lo que a la problemática médica atañe, a los dos más importantes proyectos hechos realidad en la sociedad vasca del siglo XVIII: la Compañía Guipuzcoana de Caracas y la Regia Sociedad Bascongada de los Amigos del País, de la que fue miembro Lardizábal.

Nada es preciso comentar de la historia de la Sociedad Bascongada, pues su labor ha sido suficientemente investigada desde la fecha de su constitución por el conde de Peñafiorida y los participantes de su tertulia en el palacio de Azcoitia, los calificados irónicamente por el Padre Isla de “caballeritos”, incluyéndolos, sin justificación, en el no escaso grupo de quienes en la época convirtieron el cultivo de saberes científicos en juego o pasatiempo, los “eruditos a la victoria” según la censura que de ellos formuló Cadalso.



Que los “curiosi” integrantes de la tertulia de Francisco Xavier de Munibe fueron capaces de dar cumplimiento a obra que había de convertirse en uno de los máximos exponentes de la mentalidad “ilustrada” en España está fuera de controversia y si de ella me intereso aquí es porque en la Sociedad Bascongada figuraron, desde los mismos inicios de su actividad, médicos que con la condición de “miembros asociados” aportaron a las Juntas anuales labor original cuyo estudio, recientemente realizado en el primer Congreso de la “Sociedad Vasca de Historia de la Medicina”, permite concluir fue por intermedio de la Bascongada como la Medicina vasca conquista una de sus cimas más señoras.

Es de destacar, en aquella contribución médica a las Juntas de la Bascongada, en primer lugar, la condición de profesionales con el ejercicio en medios rurales del mayor número de sus “socios médicos”. Entre los profesionales que más colaboraron en la Bascongada se cuentan con Juan Antonio Carasa, ya mencionado, Joseph de Luzuriaga, médico en Villaro y Bilbao, Juan Francisco y Bernardino de Aranguren, Manuel de Azconovieta y Francisco Planzón, entre otros. Omito, por no corresponder su referencia a los fines de esta disertación, los nombres de profesionales, médicos y cirujanos, con indudable prestigio en ciudades peninsulares y de Ultramar, que tuvieron a honra figurar en la relación de socios de la Bascongada.

El que médicos alejados desde los años de formación académica de los centros universitarios, y ahora me refiero a los que cumplieron ejercicio profesional en el País Vasco, distanciados asimismo de núcleos urbanos importantes y de instituciones hospitalarias, que aquellos médicos, reitero, viesan en el cumplimiento de su quehacer algo más que la inicial y desde luego primordial misión curadora, y considerasen algunos de los casos clínicos que atendieron material útil para mejorar la formación médica y quisieran y supieran utilizar el ámbito que les ofrecía la Bascongada para difundirlo, constituye, en la España del Siglo XVIII, hecho que no puede menos de calificarse de insólito y por ello merecedor de ser destacado y esclarecido en sus motivaciones.

Los médicos con ejercicio en la sociedad vasca, una minoría no exigua de los mismos, supo captar el mensaje que les dirigió el conde de Peñaflorida cuando en su discurso programático de 1765 otorgó al saber médico y a su utilización profesional categoría, y cito textualmente, de “facultades... importantes a la vida humana... que la Sociedad [la Bascongada] fomentará por medio de sus Amigos Asociados”, a los que se invita, y retorno al texto de Munibe, a presentar “una colección de las observaciones” que realizasen en el ejercicio de su quehacer y los frutos o reflexiones que le sugiriesen sus lecturas, recogiendo en ellas las enseñanzas “de los facultativos más sabios que ha

habido en todos tiempos”. Hasta aquí el texto, fragmentado, del discurso de Francisco Xabier de Munibe.

Los “Resúmenes de actas” y los “Extractos” que recogen los trabajos presentados a las Juntas desde 1771 a 1793 facilitan el conocimiento de aquella participación médica. Desgraciadamente no se hizo realidad el acuerdo, adoptado por las Juntas en 1774, de editar un volumen que debía haberse titulado “Colección de Disertaciones sobre varias observaciones prácticas de medicina, física y cirugía”.

Atento al propósito de no descender al análisis de la contribución científica de los médicos socios de la Bascongada, por estar esta tarea, como indiqué, ya realizada, limitaré la referencia a dar respuesta a una inexcusable pregunta, que presenta su interrogante al tener que descubrir la naturaleza u origen de los influjos que pudieron inducir a aquellos médicos rurales a adentrarse en cometidos que en su tiempo sólo venían realizando, y no siempre con buena fortuna, profesionales con prestigio asentados en la Corte o miembros de Sociedades médicas como la sevillana, creada en 1700 o la Matritense, que se funda en 1732.

No cabe duda que la condición fronteriza del asiento geográfico de la sociedad vasca tuvo que facilitar la recepción de noticias generadas en ámbitos médicos europeos, de preferencia franceses y que sólo tardía y fragmentariamente llegaban a otros territorios de la España peninsular, y que esta suposición es correcta lo confirma el que en bastantes de las exposiciones que pueden leerse en los “Extractos” de las Juntas de la Bascongada, la información clínica personal viene avalada con la autoridad de médicos europeos coetáneos.

También ha de tomarse en consideración, en esta búsqueda de razón histórica, la capacidad captadora de voluntades del conde de Peñafloreda y de algunos de los primeros y más destacados miembros de la Bascongada, a quienes no puede discutírsele el mérito de haber difundido en una comunidad todavía primordialmente campesina, como la vasca del siglo XVIII, con núcleos urbanos pobres en población, incluídas las capitales de sus tres provincias, la mentalidad “ilustrada”, la que hicieron suya aquellos médicos rurales que acudían aportando el bagaje de sus propias experiencias clínicas a las Juntas anuales de la Sociedad.

Signo de modernidad en la contribución de los médicos de la Bascongada lo constituye, asimismo, la temática de sus más relevantes trabajos, y aquí hay que destacar los estudios de la riqueza hidromineral de las provincias vascas,



de preferencia en Guipúzcoa, y la defensa que hicieron de la inoculación como preventivo de la viruela y su práctica en la comunidad vasca.

En la difusión de este proceder, que suscitó enconadas polémicas, más tarde resucitadas al proponerse, con idéntica finalidad, el uso de la vacuna, destacó Joseph de Luzuriaga, la más representativa figura, con Lardizábal, de la medicina vasca “ilustrada”. A requerimiento de sus socios médicos, la Bascongada adoptó el acuerdo de “fomentar la inoculación en ‘las tres naciones’ [las provincias vascas], destinando a cada una de ellas 500 reales para emplearlos en el número de pobres nacionales respectivamente”.

Luzuriaga hizo en 1770 las primera inoculaciones, y no obstante fallecer uno de sus hijos, prosiguió con la práctica preventiva de la viruela, inoculando entre los primeros niños al hijo del conde de Peñaflores. En 1771 redacta Luzuriaga una comunicación clínica sobre el método de inoculación para su lectura en las Juntas reunidas en Vitoria y al siguiente año resume una ya copiosa experiencia propia y de otros profesionales vascos en el escrito “Colección de reflexiones y observaciones prácticas hechas en el país sobre la inoculación”.

Al margen del indudable interés histórico-médico de estos trabajos es de destacar cómo la adopción de aquel proceder preventivo, nuevo y disputado, del que se derivaban indudables beneficios sociales, se corresponde con la mentalidad “ilustrada”, en la que siempre prepondera la valoración de técnicas en función de la utilidad derivada de su uso.

En este punto, como en otros aspectos de interés preferente para los médicos socios de la Bascongada, cobra efectividad la formulación del ideario ilustrado hecha por Mornet: “el destino de la humanidad no es volverse hacia el cielo, sino progresar en esta tierra y para esta tierra, gracias a la inteligencia y la razón”. La “ilustración” hispana, la que estimuló la Sociedad Bascongada, no siguió al enciclopedismo francés por el camino del racionalismo, el que se descubre en el texto de Mornet citado y al que pronto se opuso la Iglesia. Diversas razones, que no es la presente ocasión de mencionar, evitaron en España la pugna religiosa, el enfrentamiento de ciencia y creencia, de razón y fe, que sólo cobra realidad con eco social en etapa histórica ya distanciada temporalmente de la que puso marco a la actividad de los médicos “ilustrados” vascos.

\* \* \*

Finalidad primordial en los proyectos de la Sociedad Bascongada fue la de dotar al País de un centro de capacitación para quienes habían de componer la

minoría dirigente del inmediato futuro. Surge, materializando aquél propósito el “Seminario” de Vergara, y sabido es cómo a su gobierno, a la dotación de profesorado adecuado ya a la reglamentación de estudios consagró sus mejores afanes el conde de Peñaflores. Si se me permite ofrecer un testimonio literario de aquella política educacional citaría la novela de Pío Baroja “El caballero de Erlaiz”, fechada en Itzea en 1941, pues constituye aquella novela, en su línea argumental, una bien elaborada reconstrucción de la labor docente desarrollada en Vergara. El segundo Libro de la obra de Baroja rehace el que podría considerarse perfil humano de los “caballeritos de Azcoitia” y el tercero describe a los estudiantes de Vergara y se asiste al desarrollo de la personalidad del protagonista de la novela, Adrián de Erlaiz.

Si antes calificué contabilizando los méritos de su labor profesional, a Joseph de Luzuriaga como prototipo de médico “ilustrado”, tal condición la avala más que su propia obra, la preparación que quiso tuviese su hijo Ignacio María, alumno primero, y aventajado, en el “Seminario” de Vergara y que posteriormente realiza su entera formación médica en París y Edimburgo. Su padre conocía, con experiencia propia, el atraso de la docencia médica que se impartía en las Universidades españolas y deseando para su hijo enseñanza adecuada al nivel de los conocimientos de la época consiguió fuese el primer escolar médico de su siglo que obtuvo su capacitación profesional en Universidades extranjeras.

El hecho era sorprendente. Un decreto de Felipe II, promediando el siglo XVI, inspirado en motivos de política religiosa, cerró a los universitarios españoles la posibilidad de realizar su formación académica fuera de los centros universitarios peninsulares. La política “ilustrada” de los monarcas borbónicos rompió un hermetismo científico que se mantuvo durante todo el siglo XVII. Se mejoraron algunos centros docentes no universitarios con profesores extranjeros, y bien ilustres fueron los que la Bascongada llevó a Vergara, y desde los Colegios de Cirugía, no vinculados a las disciplina universitaria, se enviaron colegiales a perfeccionarse en centros quirúrgicos europeos, pero en la profesión médica, distinta de la quirúrgica, sometida al fuero universitario, los cambios en todo el siglo XVIII fueron prácticamente inoperantes, y ello confiere particular significado a la biografía académica de Ignacio María de Luzuriaga, en la que se corona la más alta cima del desenvolvimiento de la Medicina vasca en las décadas finales de la centuria y los inicios del siglo XIX.

\* \* \*

La relación que por obra de un médico, Vicente Lardizábal, puede establecerse entre la empresa comercial de la Sociedad Guipuzcoana de Caracas y la



cultural y educativa de la Bascongada, es testimonio que esclarece, a mi juicio, la evolución de la mentalidad “ilustrada” en la sociedad vasca, de la que, en su mundo médico, son fruto final hombres de ciencia como el segundo Luzuriaga, cuyo talante humano, en lo que conocemos de su vida, puede llegar a identificarse al que en el mundo de la ficción literaria quiso componer Baroja en su novela “El caballero de Erlaiz”, y para probarlo basta fundir en una sola imagen al joven Adrián de Erlaiz, escolar en Vergara, como el segundo Luzuriaga, y su tío don Fermín Esteban de Uranga, cura párroco de Itzar, botánico por vocación, cultivador de la disciplina científica que más atrajo a los “curiosi” ilustrados, que bien puede representar a los “caballeritos” de Azcoitia, integrantes de la tertulia del conde de Peñafloreda.

*Luis S. Granjel*